

# EL VOLCAN

## Cuento canario

Ya no había peligro. Pronto se habría perdido todo, pero no había peligro. Abajo, de peña en peña, corría como sin prisas el hervor de la lava, igual que el barranco cuando llovía en la cumbre y venía de crecida. Andrés estaba cansado. Cansado de estar allí, en lo alto de la ladera con Juana y con los chiquillos, viendo bajar la lava por encima de sus tierras, con aquel ruido que parecía que fuera el fin del mundo.

Juana seguía callada, quieta. Con un chiquillo en los brazos y el otro, lloriqueando, agarrado del delantal que tenía puesto cuando salieron de la casa. Juana no lloraba. En realidad, no había vuelto a llorar desde que se les murió la niña, iba ya para dos años, que era la mayorcita. Entonces lloró todas las lágrimas que le quedaban. A Andrés le hubiera gustado que Juana llorase alguna vez, que parecía como si algo se le hubiese secado por dentro y la hubiera dejado rugosa como una aulaga. Porque Juana no lloraba, pero tampoco se reía ya como cuando Andrés la conoció trabajando en los tomates.

Andrés tampoco lloraba, aunque ganas no le faltaban al ver como la lava se tragaba las viñas e iba llegando hasta los plátanos. Pero él no había llorado en la vida, ni cuando murió su padre, que en paz descansase, ni cuando se les murió la niña, ni nunca. Lo que sentía era como una rabia que le daba de ver arder sus tierras, y que le tenía allí clavado, con aquel calor que hacía, que era como si el fuego se le hubiese metido por dentro y le corriese por enmedio de las venas.

Eran tierras buenas las de Andrés. Buenas por que él las había hecho y las había sudado con su trabajo, para vivirlas con Juana y con los hijos que vinieran, y no para que la lava arrasara con todo, y no dejara sino un campo de cenizas retorcidas el día en que se secara.

Cuando Andrés heredó la tierra, no había en ella sino piedras y unas cuantas pencas de higos picos; a lo más, unas matas de

tabaibas pegadas a la ladera, y los pinos de allá arriba, que habían crecido solos desde siempre.

Andrés creció llevando las cabras a los pastos de la cumbre, mientras el padre trabajaba abajo los millos y las papas en el pequeño huerto que rodeaba la casa. Y eso que la tierra era grande, que cogía casi desde el mar a la montaña; pero era toda tierra de volcán, y hacían falta muchos brazos para removerle las entrañas. De chico, a Andrés le gustaba subirse con las cabras hasta arriba del todo, y ver la isla a un lado y a otro, que parecía desde allá arriba como un barco grandísimo en medio del mar, y olía a brezo y a retama, que daba gusto tumbarse al sol y no hacer nada más en toda la mañana.

Fue un día de agosto, hacía ya seis años, cuando murió su padre, y Andrés se quedó solo en la casa, sin más compañía que las cabras. De vuelta del cementerio, Andrés pensó marcharse a la ciudad a trabajar en el puerto, o embarcarse, como habían hecho tantos en el pueblo, que bien que les iba a todos en Maracaibo. Aquel día, Andrés entró en la casa vacía, y las paredes quemaban con aquel sol que rajaba las piedras. Andrés se apoyó contra el quicio de la ventana, y la ventana tenía un cristal roto, desde ya no recordaba cuándo, y entraba un airecillo caliente y pegajoso que subía desde el fondo del valle. A lo lejos, el pueblo dormía bajo el calor del verano, con aquel cielo blanquísimo del mediodía aplastando las pequeñas casas terreras, y secando los geráneos de las azoteas, y las retamas y todo, que sólo las pencas parecían crecer a gusto con aquel calor tan tremendo. De vez en cuando, subía desde el fondo del valle un soplo de aire caliente que movía las palmeras y se metía por el cristal roto de la ventana, aquel cristal roto hacía tanto tiempo, que Andrés no recordaba ya cuando se había roto, o si estaba roto desde siempre.

El sol caía a plomo, redondo, derecho, sobre la casa sin som-

bra, sobre el agua de la acequia, sobre el alquitrán derretido de la carretera. Andrés miró la tierra pobre y quemada. Aquí y allí crecían las pencas, y se veían los lagartos largos, extendidos, quietos. Y Andrés comprendió de pronto que aquella tierra no era suya, que nunca había sido suya, con haberla vivido siempre, porque la tierra es como una muchacha que sólo se entrega al que la quiere, al que la llama suya y la va venciendo poco a poco. Y Andrés salió al zaguán y anduvo hacia lo alto del barranco, donde nadie había trabajado la tierra, que más que tierra era roca, piedra de volcán; llevaba el sacho en la mano, y comenzó a arrancar las pitas y las pencas de la ladera, que casieran tan grandes como él.

Luego fueron meses, años de doblar la espalda sobre los terrones, de sangrarle las manos sobre el sacho, de hundir los pies desnudos en la tierra, hasta llenarla de surcos y ver crecer los millos y los trigos en lo alto del barranco.

Poco a poco fue levantando escalones en la ladera, hasta que tuvo algún dinero y pudo traer peones que le ayudasen a llenar de cadenas el barranco. Así fue plantando algunas plataneras por abajo, y cepas por todas partes, para que el vino tuviera sabor distinto. También trajo mujeres para trabajar en el tomate. Así conoció a Juana, trabajando en la tierra, en su tierra. Juana tenía en aquel entonces diecinueve años, año más, año menos, que ya se sabe las trapisondas que se traen las mujeres con eso de los años; y tenía el pelo más negro que puede imaginarse, aunque la verdad es que el pelo no se le veía casi nunca, porque siempre llevaba un sombrero de paja metido hasta los ojos, para que no la quemara el sol, y lucir los cachetes blancos en el baile de los domingos. A veces, Juana se quitaba el sombrero al ir a beber agua, y entonces se le caía el pelo por la espalda y le brillaba con el sol de negro que era; y tenía una voz espesa y como os-

cura, que Andrés se estremecía cada vez que la escuchaba cantando en la ladera.

Juana no había vuelto a cantar; y eso que antes no había bicho más cantarín, que se pasaba todo el día canta que te canta. Ni su pelo era ya tan negro como cuando Andrés la conoció en los tomates. Pero él la quería casi más que antes, y le daba una pena grandísima de verla allí, quieta y callada, viendo desde lo alto como la lava se iba comiendo aquella tierra que habían trabajado juntos, aquella tierra donde se habían querido y donde habían nacido sus hijos.

Al principio había sido un humo blanco, espeso, que subía lentamente entre los pinos. "Se están quemando los pinos", bajaban gritando los pastores. Y todos iban dejando el sachó en el suelo, o el millo para las gallinas, o el cuchillo clavado en el tronco de las plataneras, para mirar con los ojos asombrados la humareda de la cumbre. Luego fue un ruido como de agua hirviendo, o como el que hacen las mareas de septiembre, cuando las barcas no pueden salir a la pesca, y los hombres tienen que pasarse el día en la taberna delante de una botella de vino de Mazo. En seguida ardieron los troncos, y el humo era ya oscuro, negro, y se oía el crujido de las ramas al quemarse y el estruendo de los pinos que se doblaban en la cumbre.

Entonces apareció la lava, la maldita lava, que era como si el infierno se hubiera roto de repente, y nadie pudiera sujetarlo, y echara a andar por los barrancos, tragándose los pinos y los millos y las casas, y todo lo que se le pusiera por delante, cada vez más cerca y más aprisa, que en un momento se había puesto de la cumbre en las plataneras, con aquel ruido que la gente se iba quedando callada y con los pelos erizados, de miedo que daba oírlo.

Andrés tuvo tiempo sobrado de irse al pueblo con Juana y los chiquillos. Ahora, desde lo alto del barranco, veía como la lava se iba acercando a la casa, y veía hundirse los racimos debajo de aquel hervidero que les pasaba por encima y ya no se veía nada. Ya Andrés le parecía que era su misma vida lo que se estaba quemando allí debajo.

Y gracias que se acordó de sacar los dos perros y los hurones, y la escopeta de dos caños, y el cuchillo canario, de hoja ancha y mango labrado en plata, que era lo único que le había de-

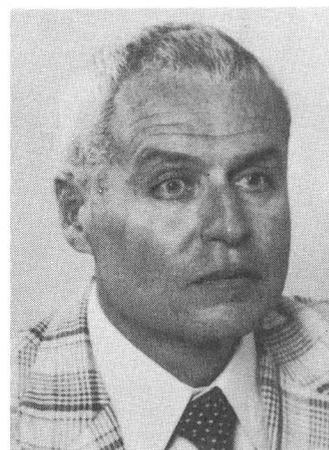
jado su padre, que en paz descansase, junto con la tierra.

Ahora, ya no había tierra, ni plataneras, ni nada. No había sino aquel barranco de barro ardiendo, que apestaba a azufre y ponía coloradas las caras y las camisas.

Juana seguía sin decir palabra quieta, con un chiquillo en los brazos y el otro apretujado a sus piernas y agarrándose del delantal. Juana tenía la boca cerrada y dura, como si se la hubieran hecho cortándole la cara con un cuchillo; había perdido el pañuelo, y el pelo, suelto, lacio, despeinado, se levantaba con el viento.

Andrés se sentó encima de una piedra que encontró por allí, a la mano. No sabía ni el tiempo que llevaba de pie. Ya no podía más; estaba cansado, pero cansado por dentro, como si de pronto hubiese envejecido años y años. En aquel momento, la lava llegó hasta la casa. Fue sólo un instante en que las paredes relumbraron con la cercanía del fuego, y pareció como si la lava se fuera a contentar con rodearla. Luego, creció hasta la ventana de arriba, donde Juana ponía siempre las macetas. La casano hizo ruido al derrumbarse, al hundirse, o quizás el ruido se perdió en aquel estruendo con que caía la lava, humeando, por el barranco abajo.

Andrés se levantó. Estaba loco, fuera de sí. Era mucho ver hundirse la casa, y ver como desaparecían los tomates y las plataneras y todo. Dió tres pasos, y se quedó de pie, alto, enorme, sobre el borde mismo del barranco. Abajo corría la lava; subía una humareda que olía a azufre, y saltaban piedras encendidas que dejaban un reguero de chispas en el aire. Andrés pensó que era él lo único que había quedado en pie de todo lo que antes crecía en el barranco. Le estaban temblando los labios. Abajo corría la lava retumbando, hirviendo. Pasaba como un río lleno de remolinos, un río que desciende y se olvida, y ya no vuelva nunca. Y Andrés sintió unos deseos enormes de dar un paso más y acabar de una vez, y que la lava lo hundiera y lo llevara como si fuera un árbol más, como si fuera un pino tronchado y quemado para siempre. Miró hacia Juana, y Juana tenía los ojos brillantes y encarnados de tanto humo como hacía y de estar allí quieta, llorando; porque Juana estaba llorando. Lloraba por primera vez en mucho tiempo, en muchos años; y Andrés de pronto se dio cuenta de que estaba



**Felipe Baeza  
Betancort**

al lado de ella, y le subía como un ahogo por la garganta, que no era humo. no. Era de ver a Juana, toda despeinada, llorando después de tantos años; que había que ver como le caían las lágrimas por la cara tiznada y renegrida.

Allá abajo, abajo, la lava se despeñaba hacia la costa. Desde los últimos riscos, caía en el mar con toda su fuerza, y levantaba una mezcla de espuma y de fuego que volvía a caer en el agua, dejando en el aire un humo negruzco que tardaba en deshacerse.

Andrés miró la tierra. Del mar a la cumbre, todo era un enorme barrizal ardiendo, moviéndose, salpicando. Estallaban las burbujas en el aire. La lava bullía y se derrumbaba, viva. Dentro de unos días, tal vez semanas, la lava estaría seca y endurecida. No quedaría ni una mata de hierba, ni una peca, ni nada. Rocas color violeta, pardas, retorcidas. Andrés miró la tierra, aquello, lo que quedaba. Allí se enterraba todo el trabajo de su vida. Pero habría que hacer algo, lo que fuese, todo menos morir o dejarse morir. Y la tierra todavía era suya, suya y de los hijos de sus hijos. El les enseñaría a pensar en la tierra, porque algún día habrían de volver a ella; y tendrían que volver a empezar, arañar la tierra, deshacerla; poco a poco, pero a mordidas si hacía falta, a puñetazos. Habrían de trabajar de duro hasta levantar las cadenas y llenar de plataneras el barranco. Porque volverían a plantar plataneras, y darían unos racimos enormes, grandísimos. El sabía que la tierra de volcán es agradecida como ninguna con el que la trabaja y se rompe las manos encima de ella.